

FORO

Las cadenas de la libertad: Hacia una práctica cotidiana de la autonomía

Wílder Casasola R.

Recibido: 25 – II - 2011

Aprobado: 28 – VII - 2011

*La filosofía es orientación humana dentro de los
huidizos horizontes de la inteligencia y de la
experiencia de la vida.*

C.A. van Peursen.

Wílder Casasola R. Las cadenas de la libertad Hacia una práctica cotidiana de la autonomía Comunicación, 2011. Enero-Junio, año 32 / vol. 20, número 001 Instituto Tecnológico de Costa Rica. pp. 52-58 ISSN Impresa 0379-3974 / e-ISSN 0379-3974

Resumen

El presente artículo trata el tema de la autonomía y de la libertad. Antes del abordaje de estos temas presenta una pequeña pincelada de la importancia de entregarnos a la reflexión filosófica. Si bien introduce la interlocución de autores, no persigue realizar una arqueología del saber filosófico sobre estos conceptos. Busca, antes que una arqueología filosófica, presentar una filosofía práctica o coloquial que permita reflexionar acerca de nociones puramente conceptuales o racionales con implicaciones en la vida práctica. En efecto, es a partir de la dilucidación de las ideas, y a la vez, a partir de la adquisición de las mismas, que nuestra vida puede tener una orientación práctica más reflexiva, crítica y analítica sobre por qué actuamos o deberíamos actuar de terminada manera. Toda acción humana es el producto de un conjunto de ideas. La vida práctica se sustenta en un universo teórico... El presente artículo, en consecuencia persigue más una orientación filosófica práctica que una filosofía académica o erudita. No está dirigido a filósofos, académicos o intelectuales, sino a estudiantes de cualquier nivel, o bien, a un público interesado en la iniciación de temas filosóficos.

Abstract

Chains of liberty: Toward a everyday practice of autonomy

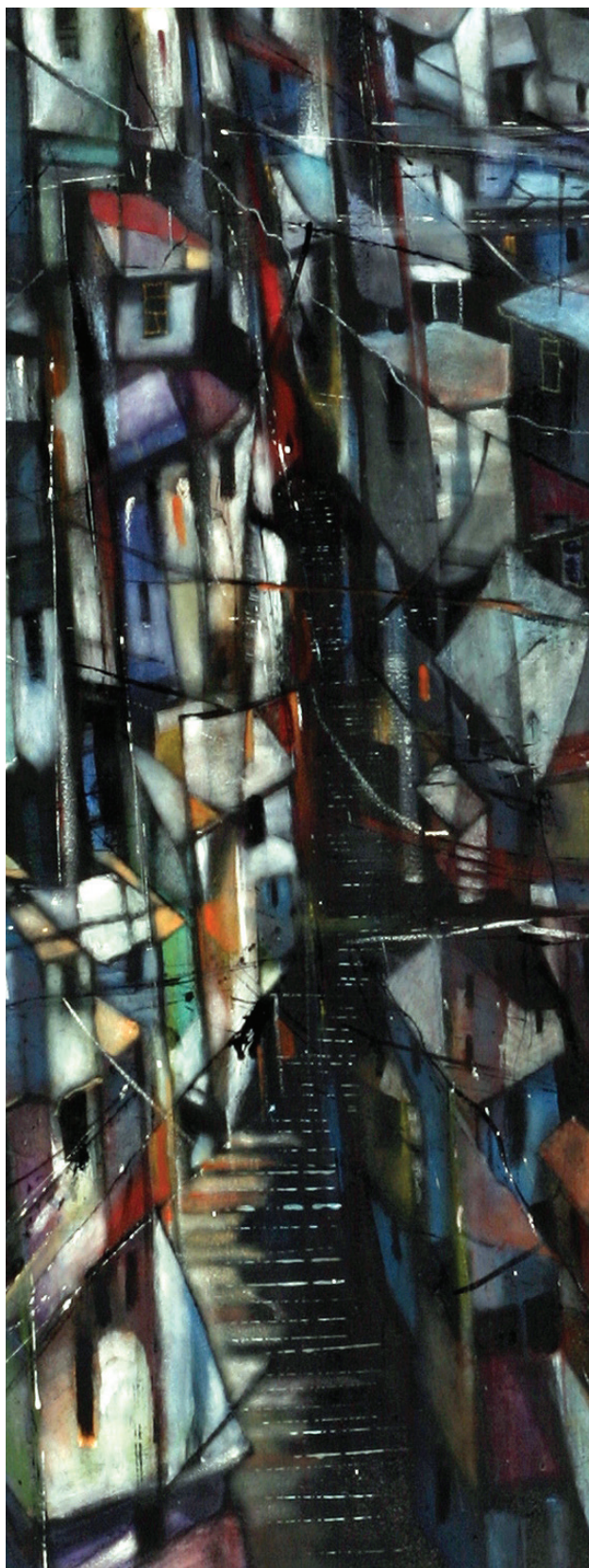
This article deals the issue of autonomy and liberty. Before addressing these issues has a small touch of the importance of giving to a philosophical reflection. Although introduces the dialog of authors, but pretend a philosophical archeology of knowledge about these concepts. Seeks, rather than a philosophical archeology, present a practical philosophy that allows or colloquial notions reflect on purely rational conceptual or practical life implications. It is indeed from the elucidation of ideas, and likewise acquiring the same, that our lives can have a practical orientation more reflective, critical and analytical about why we act or should act in complete way. Every human action is the product of a set of ideas. Practical life is based on a theoretical... This article therefore seeks more practical philosophical orientation than an academic or scholarly philosophy. It is not intended for philosophers, academics and intellectuals, but also students of any level, or to an audience interested in the initiation of philosophical themes.

PALABRAS CLAVE:

Autonomía, libertad, sociedad, moral.

KEY WORDS:

Autonomy, liberty, society, moral.



Felo García. Colmena (Detalle). Foto: R. Rubí

¿POR QUÉ FILOSOFAR?

Ante la pregunta que se plantea Jean François Lyotard ¿Por qué filosofar?, una de sus primeras respuestas es: “filosofamos porque queremos, porque nos apetece.” (1996: 99). Esto, sin embargo, no satisface plenamente el sentido de por qué filosofar. Sin embargo, el extenso argumento que da Lyotard para justificar por qué debemos filosofar encuentra un punto de referencia más fuerte cuando afirma lo siguiente: “Debido, pues, a que el mundo humano real tiene una carencia, a que hay en él deseo (...) la filosofía puede construir en esa carencia un mundo no-humano, metafísico, un allende, un más allá.” (1996: 151).

Pero, ¿justifica lo anterior una razón para filosofar? ¿No se ocupan las religiones de la construcción de mundos no-humanos, de mundos más allá de este que nos toca vivir? Por supuesto que sí, y de hecho con un discurso de peso que promete una vida más allá de la muerte. Aún así los modelos metafísicos siempre serán esenciales a la vida humana, en especial, porque el hombre es un animal metafísico (una bestia metafísica también). Lyotard, finalmente, dice que tenemos que filosofar “porque existe el deseo, porque hay ausencia en la presencia (...) porque tenemos la capacidad para articular lo que aún no lo está; y también porque existe la alineación, la pérdida de lo que se creía conseguido y la escisión entre lo hecho y el hacer, entre lo dicho y el decir; y finalmente porque no podemos evitar esto: atestiguar la presencia de la falta con la palabra.” (1996: 163-164). La filosofía, de esta manera, es el deseo por articular lo que se presenta desarticulado, el deseo de terminar lo inconcluso, el deseo de hacerse escuchar a través de la palabra. Pero más allá de un deseo de hacerse escuchar está presente el deseo de transformar esta realidad a través de la palabra.

¿Por qué filosofar? Filosofar puede significar simplemente pensar. ¿Por qué pensar, entonces? Pensamos, en primer lugar, para distanciarnos de la vida puramente vegetal y animal. Nuestro proceso de hominización ha sido esa heroica lucha por superar nuestras precariedades fisiológicas y anatómicas a través del desarrollo de nuestra razón, recurso biológico que nos ha permitido crear artificialmente aquellas herramientas sin las cuales no podríamos vivir y subsistir. La ruptura entre esos dos reinos creó el lenguaje y el pensamiento simbólico. Paulatinamente hemos reconstruido nuestra realidad a través de símbolos. Cuando Lyotard dice que filosofamos porque no podemos evitar atestiguar la presencia de la falta con la palabra puede interpretarse como nuestro privilegio de crear realidades con un discurso, con la palabra, con nuestro lenguaje simbólico que nos ha permitido comunicar lo que es la realidad. No sin razón una de las características de nuestra conciencia superior consiste en la capacidad de poder construir modelos de la realidad más allá de la realidad misma.

Filosofamos porque queremos afirmar nuestra capacidad de pensar, de reflexionar, de crear una realidad diferente a través de la palabra escrita o hablada. Pero filosofamos especialmente para separarnos de lo puramente vegetativo y animal. Filosofamos porque no queremos ser simplemente una tuerca industrial humana, una mascota domestica para obedecer, una víctima del engaño discursivo que bombardea nuestros sentidos con imágenes y palabras que esconden finalidades ajenas a una vida buena; filosofamos para no callar, para no ser caricaturas humanas, filosofamos para no ser autómatas, para distanciarnos de un inmenso engranaje social que busca determinar nuestro pensamiento a través de una educación que día a día promueve la mecanización de los saberes mientras sucumbe en la agonía el ideal de personas integralmente educadas; filosofamos para buscar libertad, felicidad, realización, profundidad de pensamiento, cultura, educación; en fin, filosofamos para no ser bestias mecanizadas en una sociedad que nos domestica para la obediencia. Filosofamos para saber, porque no queremos guardar silencio cuando los demás hablan.

Filosofar es el esfuerzo humano por comprender la realidad que nos envuelve en una unidad de sentido. Filosofar es indagar, buscar una respuesta cuyo marco problematizador está disperso entre muchos saberes. Por eso es que la filosofía es la confluencia de saberes devueltos en una unidad de sentido. Pero el saber filosófico no reúne saberes a modo de un simple archivero. La filosofía produce conocimiento. Y el conocimiento que produce la filosofía no puede a la vez ser el canon del pensamiento. Creer esto es caer en un dogmatismo ingenuo. Comparto la idea de Aníbal Sánchez Reulet cuando sostiene lo siguiente: “El filósofo no parte de la filosofía anterior, como de un suelo firme y definitivo, para seguir adelante en busca de nuevas verdades. Parte de la filosofía anterior, en primer término, para discutir y criticar sus presupuestos.” (1942: 32). La filosofía sirve para producir conocimiento, y un filósofo es tan solo un guía que nos acompaña en nuestro camino a hacia la reflexión, un amigo que nos invita a pensar con él cómo ve el mundo, porque él a la vez es un amigo de eso que llamaron los antiguos griegos *sabiduría*.

De cuantas cosas nos podemos ocupar en la vida, una fundamental es la de ocuparnos de nuestra propia vida. Nuestra vida es lo más íntimo y fundamental que nos debería ocupar. Alguien podría decir: por supuesto, ¿quién no se ocupa de su propia vida? Pero muchas veces nos ocupamos de sobre-vivir biológicamente pero no de vivir nuestra vida con un sentido, con una finalidad. La vida es una impetuosa carrera hacia la muerte. La vida es un acabarse a cada instante. La idea consiste en encontrarle un sentido a esta efímera gota de existencia humana llamada vida. Antes de morir, antes del último estertor agónico, sería oportuno preguntarse tantas cosas tales como: *y yo, ¿he vivido plenamente? ¿estoy llegando al final de mi*

vida sin haber alcanzado lo que siempre he querido pero nunca tuve el valor de realizar? ¿he gozado? ¿he hecho el papel de vasallo ante los demás o vivido como señor? Y si he sido señor, ¿he lastimado intencionalmente a otros? No hay que olvidar que la virtud del fuerte será siempre la de abrigar al débil. Y sólo medimos nuestra fuerza hasta el momento en que nos enfrentamos a alguien más fuerte que nosotros.

Filosofar es pensar profundamente sobre lo más íntimo que tenemos. La filosofía es la confluencia de saberes. Buscar de ella es buscarnos a nosotros mismos, es encontrarnos en medio de este laberinto humano que nos tocó vivir. En el momento en que usted piensa, medita, reflexiona sobre arte, sobre religión, sobre política, sobre ciencia y tecnología, sobre el amor y el odio, sobre la paz y la guerra o sobre sus vicios particulares, inevitablemente deberá recurrir a la reflexión filosófica. Y si tiene la disposición e indaga más, podría llegar a las puertas de la Filosofía, y quizás en ella encontrar un criterio firme que le dé un nuevo sentido y dirección a su vida.

I. LA AUTONOMÍA KANTIANA

El filósofo alemán, Immanuel Kant (1724-1804), se refería al término autonomía —específicamente *autonomía de la voluntad*— como la capacidad que tiene el sujeto de darse leyes a sí mismo sin que medie ningún interés propio ni ajeno. Los imperativos para actuar no deben estar condicionados por ningún interés. En palabras de Kant, la mediación de cualquier interés deja por fuera la propia voluntad, con lo que se arruina “irrevocablemente todo esfuerzo encaminado a descubrir un fundamento supremo del deber” (2007: 46). Al existir algún interés los imperativos para actuar estarían siempre condicionados con lo que no servirían para el “mandato moral”.

La autonomía de la voluntad es propia de seres racionales. Es en manos de esta comunidad de seres racionales en las que reposaría un reino en que los sujetos se tratasen todos siempre como fines y no como medios. Por reino de los fines entiende Kant “el enlace sistemático de distintos seres racionales por leyes comunes” (2007:46). Estas leyes comunes, propias de seres racionales, exige que cada uno de nosotros debe “tratarse a sí mismo y tratar a todos los demás nunca como simple medio, sino siempre al mismo tiempo como fin en sí mismo” (2007:46). En sencillas palabras, el reino de los fines viene a ser una suerte de comunidad de seres racionales legislados por unas leyes tales que exigen vernos a nosotros mismos y a todas las demás personas, siempre como un fin en sí mismo y nunca como un simple medio.

De Kant hemos aprendido, en consecuencia, que la persona humana debería tratarse siempre como un fin en sí misma, y jamás como un simple medio. Sin embargo, lo habitual es que el ser humano se trate siempre como

un medio. La vida cotidiana nos muestra esta práctica antiética: usamos a las personas cuando las necesitamos bajo los embrujos de una sinceridad hipócrita y luego las abandonamos como si se trataran de simples objetos desechables.

La noción de autonomía en Kant está íntimamente relacionada con la noción de moral. Este filósofo creía que en nosotros "existen realmente leyes morales puras que determinan enteramente a priori [...] lo que hay y lo que no hay que hacer" (*Crítica de la razón pura*: a 807, b 835). De ahí que creyera que la autonomía es la capacidad que tiene el sujeto de darse leyes a sí mismo sin que medie ningún interés propio ni ajeno, y que dada esta independencia de intereses o inclinaciones, el ser humano podría actuar bajo las exigencias de imperativos categóricos morales.

A diferencia de esta ontologización de la moralidad, mucho de nuestro comportamiento moral está condicionado por imposiciones conductuales a través de diversos mecanismos heterónomos, como lo son la sociedad, la familia, la religión, entre otros. Así las cosas, las nociones de autonomía y de moral se hacen sospechosas... Las leyes morales de las que habla Kant no pueden ser consustanciales al ser humano. Somos seres biológicamente condicionados para aprender unas determinadas conductas morales, pero de ahí no se sigue que seamos seres biológicamente morales. Menos aún hemos de traer impreso en nuestro código genético unas leyes morales puras con las cuales dirigir nuestras acciones. La moral es un proceso de aprendizaje conductual antes que una característica natural del ser humano.

Sin embargo, la anterior afirmación es controversial. Actualmente hay quienes creen que en efecto estamos determinados genéticamente como seres éticos. En efecto, el genetista y teólogo español Juan Ramón Lacadena sostiene que "El hombre es un sujeto ético porque es el único ser vivo capaz de anticipar acontecimientos y obrar en consecuencia, es decir, de hacer un juicio de valor o de distinguir el bien del mal." (2003: 540). Lacadena parte de la idea elemental de la evolución humana, como lo es en efecto el proceso de hominización en el que el homínido adquiere la capacidad de autorreflexión, y de ahí argumenta que "la ética surge como consecuencia evolutiva" al punto de afirmar que "los humanos están genéticamente determinados como seres capaces de ser éticos." (2003: 540). El ser humano es incapaz de distinguir el bien y el mal naturalmente. Para empezar, lo que llamamos bien y mal son abstracciones intelectivas con orígenes diversos y contruidos socialmente. En modo alguno se puede legitimar ontológicamente un tal bien o un tal mal. Las nociones de bien y de mal pueden tener su fundamento en mitologías, religiones, tradiciones culturales, entre otros, que van creando todo un imaginario social, y como tales, crean a la vez sujetos morales. Si el ser humano estuviese condicionado genéticamente

como ser ético, la humanidad no sería hasta la fecha un lienzo teñido en sangre, por citar solo un ejemplo.

II. CONDICIONAMIENTOS SOCIALES DE LA AUTONOMÍA

De alguna manera el entorno social nos condiciona, y quizás hasta nos someta a ciertos grados de esclavitud conductual. Nuestra personalidad es la confluencia de una serie de condicionamientos sociales que nos obliga a actuar de cierta forma ante los demás. Vivimos situados ante una estructura social que nos indica lo que es normal y correcto y condena como anormal toda acción que no se ajusta a ese canon de salud social. De esta manera, buscamos la normalidad de nuestras acciones en el comportamiento de los demás. ¿Y si los demás esperan lo mismo de nosotros? En espera de un comportamiento socialmente correcto y normal moldeamos nuestro pensamiento y nuestras acciones como seres obedientemente domesticados. A eso le llamamos ser personas sociables.

La sociedad es un recurso legitimador de actitudes y comportamientos morales. Bajo el pretexto de salvaguardar ciertos valores se esconde la voz de un elite ortodoxa que pretende la permanencia de ciertos tabúes y reglas de comportamiento social propios de un época, sin caer en cuenta que la experiencia humana no es estática sino cambiante. Una actitud tal, según Carranza y Escudero (1999: 46) es una perspectiva que "no sólo resulta ideológicamente conservadora y cínica, sino que deja sin explicar los progresos que se producen en una sociedad" determinada. La sociedad deviene entonces en una comunidad ideológica que suprime la libertad secular en nombre de la permanencia de unos valores morales sagrados que no tienen ninguna relación con la realidad vivida. De ahí que hay autores que sostienen que "Una moralidad personal es imposible." (Smith, 2004: 67). Según estas ideas, es la sociedad la que legitima una moral generalizada, a tal punto que el intento de crear nuestras propias reglas resulta en una inmoralidad flagrante. "La moralidad no le pertenece a las personas individuales sino a los grupos que desarrollan los estándares morales en el curso de elaborar discusiones acerca de lo que está bien y mal y la vida buena." (Smith, 2004:67)

No porque la sociedad condicione la autonomía de muchos hay que verla como una suerte de purgatorio. Lo que llamamos sociedad es el conjunto de normas que regulan de alguna manera nuestra conducta. La sociedad es un juego que limita y posibilita a la vez ciertos grados de libertad. La sociedad, es decir, nosotros mismos, limitamos la autonomía propia y ajena. Piense un momento en los mecanismos legitimadores que usted emplea para mantener en su grupo familiar o de amigos una serie de convicciones valorativas acerca de la vida, y caerá en cuenta que usted es parte de esta sociedad que condicionada la autonomía de otros. En especial sucede si usted

tiene a su haber la responsabilidad maternal, paternal o fraternal de transmitir *buenos valores morales* a su grupo familiar. Se sorprenderá cómo pretende limitar la autonomía de los demás bajo el argumento falaz de que usted está inculcándole buenos valores. Ciertamente es bueno preocuparse por los demás. Pero cuando la preocupación por los demás deviene más en una imposición conductual antes que en una reflexión dialogal sobre las implicaciones de ciertas conductas o cursos de acción, tenemos una cadena limitadora de la libertad y de la autonomía de la persona humana. Zygmunt Bauman al respecto dice que “el impulso de preocuparse por el Otro, llevado al extremo, conduce a la aniquilación de la autonomía del Otro, a la dominación y la opresión” (2005: 19). La preocupación por el otro deviene en una ideologización de la conducta y en una violación de la autonomía. La preocupación desmedida por los otros supone a la vez cierta precariedad racional en ellos y cierta iluminación racional y emocional de parte de quien se preocupa, quien ingenuamente cree que puede establecer las líneas de pensamiento y conductas necesarias para vivir una vida bien direccionada.

III. LIBERTAD Y AUTONOMÍA

Un pensamiento ordenado posibilita, entre otros, una personalidad segura de sí misma. Una personalidad segura de sí es aquella que busca una continua permanencia de su autonomía. La autonomía se manifiesta a través de la determinación del carácter de acuerdo con unas ideas aceptadas voluntariamente. Es la conquista de la propia persona donde no intervienen imposiciones externas que obliguen a pensar y actuar de determinada manera.

Autonomía no es sinónimo de anarquismo social. Tampoco autonomía quiere decir que absolutamente todo lo tenemos que pensar por nuestra propia cuenta. Autonomía remite a una cierta capacidad racional y emocional de valorar reflexivamente si algunas ideas están de acuerdo con la vida que deseamos llevar individual y socialmente. Elegir ser cristiano, ateo, agnóstico, liberal, conservador, ecologista, terrorista, filántropo, misántropo, etc., significa que reflexivamente hemos encontrado que ese conjunto de ideas ayudan a darle algún sentido fundamental de felicidad a nuestra vida. Porque de no ser así, ¿cuál sería el esfuerzo heroico de fastidiarse la existencia siguiendo una vida que no nos proporciona el mínimo sentido de felicidad? Autonomía pues, no quiere decir que todo tenemos que pensarlo nosotros mismos, sino tener la capacidad de ponderar las ideas que flotan en el mundo, sea para aceptarlas o para rechazarlas.

Ser autónomo es tener la absoluta libertad de elegir la vida que se quiere. Ahora bien, el problema fundamental es si tenemos alguna vez libertad absoluta para elegir y realizar lo que queremos. Parece que la libertad no nos pertenece del todo. Hemos venido al mundo por

accidente o por algún proyecto erótico de nuestros progenitores... Una vez arrojados a este laberinto biológico terrestre, iniciamos toda una lucha por conquistar cada vez mayores cotas de libertad.

Jean Jaques Rousseau (1712-1778), filósofo francés de gran influencia en diversos campos del saber humano, a propósito de la libertad afirmaba: “El hombre ha nacido libre, y sin embargo, vive en todas partes entre cadenas. El mismo que se considera amo, no deja por eso de ser menos esclavo que los demás.” (Libro I, cap. I). Esta afirmación, cuyo contexto se ubica en los estudios de filosofía política, tiene que ver con la vida práctica, con la vida cotidiana.

En realidad, no hemos nacido libres. Esta es una afirmación muy exagerada. Nuestra carencia fisiológica nos sitúa de pleno en un mundo de interdependencias donde la libertad es mínima o casi nula. Nacemos situados en una dependencia absoluta sin libertad para elegir, sin libertad para movernos. En realidad, hemos nacido entre cadenas. Nuestra precariedad fisiológica, a diferencia de algunas otras especies, nos hace dependientes de los otros para sobrevivir. Esa libertad de la que nos habla Rousseau es una libertad con cadenas. En lo que no se equivoca Rousseau es que efectivamente en todas partes vivimos entre cadenas. Desde nuestra niñez hasta la adolescencia abrigamos una serie de imposiciones conductuales que de alguna forma marcan nuestra vida adulta. Y como dice Rousseau, el amo mismo no deja de ser menos esclavo de los demás. Y cuando no tenemos impedimentos externos que controlen nuestra vida, resulta que solemos ser esclavos de nuestras pasiones, de nuestros vicios, de nuestras debilidades, de nuestros prejuicios y en este sentido, llegamos a ser extraños en nuestro propio cuerpo, una mente que dirige por impulsos una vida sin control tal y como si ésta no fuese nuestra propia mente. La libertad arrastra cadenas. Cadenas de las que hay que desuncirse para tomar el timón de nuestra vida autónoma. El asunto radica en cómo lograrlo...

Según André Comte-Sponville (1952-), filósofo francés, “Ser libre es hacer lo que uno quiere” (2002: 73), tanto en sentido físico, como lo es la libertad de acción y movimiento, como en sentido metafísico, como lo es la libertad de la voluntad. Ésta última puede llamarse también libertad psicológica en tanto y cuanto tiene que ver con nuestra dimensión psíquica o mental y hasta espiritual, si se quiere.

Cualquiera sea la acción que pretendamos ejercer, sea física o psicológica, cabe cuestionar si la libertad se mide por hacer lo que uno quiere. Así, si no puedo alcanzar lo que quiero, ¿dejo de ser libre entonces? ¿Dejo de ser libre porque no he podido conquistar el corazón de la persona que recientemente he conocido y que me ha dejado el mundo patas arriba cuando creía ser yo la esencia de la racionalidad?... No, la libertad no tiene que ver

con lograr nuestros deseos, sino con la determinación de quererlos y buscarlos. Fernando Savater (1947-), filósofo español, aclara que "Ser libres para intentar algo no tiene nada que ver con lograrlo indefectiblemente. No es lo mismo la libertad (que consiste en elegir dentro de lo posible) que la omnipotencia (que sería conseguir siempre lo que uno quiere, aunque pareciese imposible). Por ello, cuanta más capacidad de acción tengamos, mejores resultados podremos obtener de nuestra libertad." (2003: 28).

La libertad no es del todo hacer lo que uno quiere, sino querer lo posible. La vida no consiste en poder todo lo que queremos, sino en querer todo lo que podemos. Si confundimos libertad con hacer todo lo que queremos podríamos caer en un irracionalismo casi enfermizo y tener como resultado experiencias frustrantes, porque es bueno caer en cuenta que hay cosas que no son realizables, pese a nuestro imaginativo deseo de querer. Querer es bueno. Querer irracionalmente es degradante.

Jean-Paul Sartre (1905-1980), otro pensador francés, embriagado de existencialismo, decía en una etapa de su producción filosófica que "el hombre está condenado a ser libre." (1992: 40), y por esa razón creía que nadie puede indicarnos qué tenemos que hacer, sino que cada uno de nosotros debe elegir por sí mismo. Para Sartre, "elegir el consejero es ya comprometerse" con alguna idea determinada, en tanto el consejero tiene toda una visión del mundo que le transmitiría a quien solicita el consejo, de ahí que la respuesta del filósofo ante estos eventos es: "usted es libre, elija, es decir, invente. Ninguna moral general puede indicar lo que hay que hacer; no hay signos en el mundo." (1992: 45).

La libertad de Sartre es vertiginosa: la libertad es tan absoluta que siempre tenemos que depender de nosotros mismos para elegir. En apariencia es el sumo grado de libertad, pero bien vista, es una libertad y autonomía ingenua. Si bien es cierto que en última instancia la responsabilidad de elegir es nuestra, no por ello tenemos que prescindir de otros puntos de vista, tanto a nivel profesional como a nivel vivencial. Nunca podríamos tener una capacidad tal de prever todas las consecuencias de nuestras acciones, y súpese a esto que pocas veces tomamos decisiones racionales sino impulsadas por un sentimiento pasional irreflexivo. De ahí que la orientación reflexiva será siempre una necesidad en nuestras vidas para poder elegir inteligentemente. Por otro lado, nuestra vida es biológicamente corta, y ninguna persona existente puede acumular tanta sabiduría por su propia experiencia, porque, para empezar, la experiencia vivida en años no es sinónimo ni de madurez ni mucho menos de sabiduría. La inteligencia sabia es algo que se gana incorporando a nuestro acervo aquellas ideas formuladas por personas entregadas al estudio, a la reflexión, a la búsqueda de la sabiduría.

Nacimos libres. Somos libres en la medida que hacemos lo que queremos. Estamos condenados a ser libres... Muchas afirmaciones sobre la libertad. Más bien hemos nacido como seres fisiológicamente dependientes. A través de nuestra niñez y adolescencia tenemos una limitada libertad para hacer lo que queremos, y de adultos aún así tenemos ciertas limitaciones. Y finalmente no estamos condenados a nada. Si la libertad fuera una condena no sería libertad, sería una cadena más que constriñe la libertad misma. La libertad nuestra es interdependiente. Cada elección nuestra tiene consecuencias inmediatas: implica a seres biológicamente existentes a los que se les debe respeto. Hacer lo que uno quiere puede implicar lastimar, incluso, a quien uno quiere.

La autonomía implica libertad. El grado de libertad que tenemos determina el grado de autonomía que podemos ejercer. Ser autónomo significa darse a sí mismo las normas necesarias que permitan una existencia con sentido y orientación hacia una finalidad que se construye a voluntad y no por imposición conductual. La autonomía supone la adquisición voluntaria de un conjunto de principios que guían las acciones. Es la claridad racional de saber hacia dónde se dirige la vida. Jamás somos del todo libres. Vivimos ante continuos determinismos sin que los sepamos explícitamente que condicionan en gran medida, querámoslo o no, nuestra forma de pensar y de actuar. De ahí la importancia de construir nuestra propia autonomía en medio de estos mares de imposiciones conductuales.

La libertad, que básicamente es física y psicológica, puede verse completamente obstruida por una serie de determinismos sociales. Desmitificar toda suerte de determinación en nuestra vida es una forma sana de empezar a ejercer nuestra autonomía. Una auténtica autonomía implica someter a crítica y análisis todos aquellos mandatos y prohibiciones que hemos recibido a través de nuestra vida. No se trata de caer en un anarquismo ingenuo, sino en preguntarse: ¿por qué debo seguir estas reglas sociales? ¿Por qué debo obedecer estos mandamientos que se me imponen? ¿Quién soy yo en realidad y hacia dónde voy? ¿Dirijo yo mi vida o mi vida ha sido dirigida por alguien? La Filosofía es la claridad del pensamiento, y a través de esta claridad es que podemos construir cada vez mayores grados de autonomía. La esclavitud y el sometimiento son hechos reales. Pero no cabe duda de que la falta de pensamientos claros es la manifestación de una esclavitud vivida cotidianamente en nuestro propio cuerpo.

Pero para tener pensamientos claros es necesario indagar en otros pensamientos hasta el punto que se toma distancia, o bien, proximidad con ellos. El ser humano es una enciclopedia de errores andante porque pocas veces se toma el tiempo de ilustrar su pensamiento con lo que han reflexionado los demás. Nuestra soberbia en el plano vivencial y nuestra arrogancia en el profesional nos

convierten día a día en seres emocional y racionalmente decadentes. Y en esta tarea reflexiva no se puede descartar ni subestimar ningún pensamiento. En lo cierto estaba Máximo Gorki (1868-1936) cuando decía: "No hablemos de juventud ni de vejez; mejor será que veamos qué pensamiento es más acertado." (1979: 80).

La libertad es la condición necesaria para el ejercicio autónomo. Sin autonomía, sin libertad, somos cualquier cosa, menos seres humanos con dignidad y respeto. Y como bien lo expresó el novelista checo Milán Kundera: "Lo peor no es que el mundo no sea libre, sino que la gente se haya olvidado de la libertad." (2000:45).

OBRAS CITADAS

- Bauman, Z. (2005.). *Ética posmoderna* (Trad. Bertha Ruiz de la Concha). México: Siglo XXI Editores.
- Comte-Sponville, A. (2002). *Invitación a la filosofía* (Trad. Vicente Gómez Ibáñez). Barcelona: Paidós.
- Carranza J. y Escudero, A. (1999). *Teorías psicológicas del desarrollo moral: estatus teórico y alcance práctico*. En Esteban Pérez Delgado y M.^a Vicenta Mestré Escrivá (coords). *Psicología moral y crecimiento personal*. Barcelona: Ariel.
- Kant, I. (1997). *Crítica de la razón pura*. (Trad. P. Rivas). Buenos Aires: Alfaguara.
- Kant, I. (2007). *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres* (Texto íntegro de la traducción de Manuel García Morente). San Juan, Puerto Rico: Edición de Pedro M. Rosario Barbosa.
- Gorki, M. (1979). *La madre* (Trad. A. Herráiz y J. Vento). Moscú: Progreso.
- Kundera, M. (2000). *La vida está en otra parte* (Trad. Fernando Valenzuela). Buenos Aires: Seix Barral.
- Lacadena, J. R. (2003). *Genética y bioética*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.
- Liotard, J. F. (1996). *¿Por qué filosofar?* (trad. Godofredo González). Barcelona: Paidós.
- Peursen, van C. A. (1982). *Orientación filosófica*. Barcelona: Herder.
- Rousseau, J. J. (1999). *El contrato Social*. Versión digital: <http://www.elaleph.com/>
- Savater, F. (2003). *Ética para Amador*. Barcelona: Ariel.
- Sánchez Reulet, A. (1942). *Raíz y destino de la filosofía*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán. Facultad de Filosofía y Letras.
- Sartre, J.P. (1992). *El existencialismo es un humanismo*. México: Ediciones Quinto.
- Smith, R. (2004). *Alineación y libertad* (trad. Felipe Domínguez Cuesta). Quito: Ediciones ABYA-YALA